



A PIE
DE CALLE



CATALINA
Gayà

ARCHIVO



► Un guardia urbano de paisano detiene a una mujer que había hurtado una cartera en una tienda, en el 2012.

Los ladrones de las Navidades

Empezó la campaña navideña de los ladrones. Una tienda del centro, una llamada y la dependienta de otra tienda de la misma marca explica, al otro lado de la línea, que acaba de entrar un ladrón. Las expresiones de la chica de este lado son contundentes: «¿Lo echaste?», pregunta. Sí. Qué alivio. Empieza la explicación de la cronología y de cómo los ladrones han cambiado las técnicas por la crisis.

La cronología: aparecieron por primera vez, este invierno, el jueves 13 de diciembre y peinaron –sin éxito– la calle. La técnica: observación a través del escaparate; anotación mental de si el almacén está en un piso superior o inferior, y entrada en escena. Uno intenta distraer a la encargada mientras otro, u otros, buscan la manera de llegar a la caja o de hacerse con el móvil, que suele reposar sobre mostrador.

«Antes las tiendas estaban llenas, y lo que hacían era intentar llevarse algún bolso. Ahora, como la mayor parte del tiempo estamos solas, intentan distraernos», decía la dependienta que había recibido la llamada. ¿Le ha pasado recientemente? «Por suerte, me libré. En julio, me robaron el móvil con la técnica del papelito. Esta vez entraron en varias

tiendas en esta misma calle». En julio, hubo una oleada de robos de móviles: siempre los mismos tres chicos, siempre con el papelito. A veces, en una terraza, alguien se ponía a gritar que se fueran porque días antes había sido víctima de esa banda.

Salgo de la tienda. A pie de calle, el escaparate es grande y es fácil ver los movimientos de quien está dentro. En otra tienda de esa misma calle, que en esta crónica es anónima, me reciben dos de los chicos que tra-

«Van y vienen, pero por las fiestas estarán por aquí. Hacen la campaña navideña»

bajan ahí. Es un taller y los dos son de la generación de emprendedores que han montado un negocio, que le echan todas las ganas del mundo y que, seguramente, hasta hace poco no habían tenido que enfrentarse a los ladrones.

«No, nunca. La primera vez que entraron yo no sabía ni qué hacer, fue por instinto», dice la chica. El ordenador está al fondo del taller. Se nota que no está en el lugar donde querían colocarlo.

«Lo movimos. La primera vez entró un hombre y, sin ni siquiera darnos cuenta, ya tenía el ordenador en las manos. Cuando lo vi, fui tras él y le pregunté qué estaba haciendo. Me dijo que buscaba información. Me entró la duda y le tomé los datos para enviársela. No sé, dudé; quizá fuera cierto, quizá no».

¿La segunda vez? «Hace menos de una semana». El viernes, 13. ¿Los que peinaron la calle? «Sí. Entraron tres». «Tenían muy mala pinta», tercia su compañero. «Dos intentaron bloquearnos el paso, nos pedían tonterías para distraernos. El otro simulaba que hablaba por el móvil cerca del ordenador, ipero aquí no hay cobertura! Yo no le quitaba el ojo de encima. No sé cómo, pude salir del cerco y me fui hacia el ordenador. Los sacamos de la tienda, pero estábamos temblando».

Pobreza sin patria

► ¿De dónde le salieron las agallas? «No lo sé, ya nos habían explicado la jugada». En ningún momento la chica ha descrito a estos hombres. Simplemente ha relatado los hechos. Hablamos de ellos. Dice ella que la pobreza es pobreza y que no tiene patria alguna.

Saco mi móvil: no, no hay cobertura. Pregunto en las calles cercanas y me dicen que este año está más tranquilo que otros. «Van y vienen, pero ahora por las fiestas, seguro que estarán por aquí porque siempre hacen la campaña navideña», dice otra dependienta. ≡

 cgaya@elperiodico.com